



SANTIAGO CARRILLO Y EL PARTIDO DEL ANTIFRANQUISMO (1955-1975)

Francisco Erice Sebares
Universidad de Oviedo

El irresistible ascenso a la Secretaría General (1955-1960)

Desde mediados de la década de los cincuenta, la biografía de Carrillo resulta difícil de separar de la evolución general del PCE, cuya secretaría general ejercía de hecho años antes de ocuparla oficialmente. La base esencial de su creciente relevancia política residía en el control de las tareas dedicadas al «interior» (a España), a través de una comisión en la que se integraban sus más estrechos colaboradores y que él dirigía con su dinamismo habitual, ya que —en expresión de Domingo Malagón— «siempre achuchaba para que el trabajo fuera más rápido».¹ Este protagonismo central se vería potenciado por su papel en la organización y desarrollo del V Congreso (1955) y por el reforzamiento del núcleo parisino del Buró político con la llegada desde Moscú de Fernando Claudín, a comienzos de ese mismo año.² Sin embargo, en teoría, todavía el grupo de dirección más importante se ubicaba en Praga, donde residían Uribe, Lister y Mije, que viajaban intermitentemente a la capital francesa. En noviembre de 1955, Dolores ordenó crear un secretariado ejecutivo formado por Uribe, Carrillo y Mije (un «activista» vigilado por dos «comisarios», según apunta maliciosamente Gregorio Morán). *Pasionaria* pretendía, aparentemente, equilibrar la influencia de los veteranos con la de la nueva figura en ascenso, y

es probable que albergara recelos sobre el excesivo poder del joven e impetuoso dirigente.³ Claudín cree que, en esos momentos, Carrillo estaba ya íntimamente convencido de que Dolores debía ser reemplazada, aunque afirmara posteriormente no haber albergado «ninguna impaciencia por alcanzar la titularidad». Asimismo, según Claudín, Carrillo pensaba que el partido no había tenido nunca una dirección con capacidad creativa hasta entonces.⁴

Desde esos momentos, nuestro hombre empieza a «amasar un poder sin parangón», unido a su evidente capacidad de trabajo. Bajo su control como secretario de organización, quedaban reagrupadas las tareas de «interior» y del exilio, a la vez que dirigía el núcleo del Buró ubicado en París. Durante muchos años, vivirá prácticamente recluido, con largas jornadas de actividad y desplazándose siempre en coche por razones de seguridad. Gracias en gran medida a su laboriosidad, se fue logrando que las reuniones de los órganos funcionaran regular y eficazmente; en contrapartida, Carrillo aparecía como el factótum de la nueva política, con decisiones que apenas admitían ser discutidas.⁵

Una de las tareas que Carrillo asumió como propias era seguir de cerca los trabajos del interior. Así lo testimonia la copiosa correspondencia que mantenía con instructores enviados a España o con dirigentes clandestinos dentro del país; y también la permanente disposición a





EXPEDIENTE

recibir en persona a quienes llegaban desde la Península a la capital francesa. Enrique Múgica o Jordi Solé Tura han relatado la emoción y el reconocimiento que, para militantes aún neófitos, suponían esos viajes iniciáticos, o el impacto que en algunos de ellos ejerció la figura de Carrillo. En estos años se inauguraba, asimismo, la práctica de reunir en Francia a activistas clandestinos con el fin de intercambiar opiniones y suministrar orientaciones para el trabajo clandestino.⁶

Parece fuera de duda la relevancia de Carrillo en el «giro táctico» de 1956.⁷ Así se puso en evidencia, desde luego, en el conflicto dentro de la dirección por el ingreso de España en la ONU. O cuando, a propósito de las movilizaciones estudiantiles de comienzos de 1956, llamaba a la unidad para derribar al franquismo y subrayaba el papel de las nuevas fuerzas del interior, instando a poner fin al «espíritu de guerra civil, de venganza y represión».⁸

La propuesta de la Reconciliación Nacional es conocida especialmente por su idea motriz de superar la línea divisoria de la Guerra Civil y crear vías para la resolución pacífica de los conflictos entre los españoles. Partía de un análisis escasamente realista de la situación del régimen y de un diagnóstico optimista sobre la potencialidad de la movilización de masas. En consecuencia, formulaba amplias propuestas de alianzas (desde la clase obrera a la burguesía «no monopolista») y abría espacios para el desarrollo de los movimientos sociales, con guiños especialmente dirigidos a los católicos. Fue acompañada de un cambio en la correlación de fuerzas dentro del núcleo dirigente, con reforzamiento de la presencia del grupo próximo a Carrillo, procedente en su mayor parte de las antiguas Juventudes Socialistas Unificadas. Paralelamente, tenía lugar una catártica escenificación «auto-crítica» de los errores del pasado, utilizando al veterano Uribe como chivo expiatorio.⁹

Se ha insistido en subrayar los posibles componentes heréticos («revisionistas») de la Reconciliación, aunque se presentara como mera adaptación táctica de estrategias previas. En

todo caso, su encaje dentro de la política del movimiento comunista internacional se vio facilitado con las resoluciones del XX congreso del PCUS (febrero de 1956). De otro modo, hubiera resultado muy difícil o imposible, dado que la adhesión incondicional a la URSS formaba, por entonces, parte del código genético de los comunistas.¹⁰ La misma majestuosidad en la puesta en escena de los grandes eventos de dicho movimiento transmitía una sensación de fuerza como la que Carrillo confiesa haber experimentado en la conferencia de partidos comunistas y obreros celebrada en Moscú en 1957: «podías representar a un partido clandestino, a un partido pequeño, pero cuando entrabas en la fortaleza del Kremlin, subías aquellas escaleras y desembocabas ante las columnas de aquella sala, te transformabas en una potencia».¹¹

Carrillo no se detiene mucho, en sus *Memoorias*, en relatar el efecto que le causó el Informe Secreto sobre Stalin, asegurando que le resultó más traumático escuchar, de labios de Arthur London, el relato personalizado de un proceso estaliniano. La imagen que el PCE transmitió del XX Congreso era la de «una brillante manifestación de la fuerza creadora del marxismo-leninismo», asumiendo sin matices las críticas del «culto a la personalidad» y subrayando oportunamente aquello que avalaba el viraje del partido español: la coexistencia pacífica y la pluralidad de vías al socialismo.¹²

Lo que sí extrajo Carrillo de todo este proceso fue una confianza en Krushev y su política de reformas que mantuvo a expensas de los vaivenes posteriores. El PCE apoyó el «nuevo rumbo» con todas sus contradicciones, comenzando por la intervención en Hungría, que no generó entre los comunistas españoles mayores incomodidades. Carrillo, aunque ha asegurado *a posteriori* haber albergado ciertas dudas, escribió entonces que la «insurrección contrarrevolucionaria de Hungría» demostraba que sacar las diferencias fuera del partido, incluso cuando las críticas fueran justas, hacía perder toda razón a quien optaba por esa vía; y que si





bien cada partido tenía su carácter «nacional», había rasgos comunes a todas las revoluciones socialistas, como la dictadura del proletariado, el papel dirigente del partido y el internacionalismo. La «aplicación creadora del marxismo» a las condiciones concretas de cada país no debía impedir la unidad en torno al PCUS; y aunque no había de tomarse lo que de él venía como una «verdad revelada», la experiencia histórica consagraba su papel orientador y dirigente.¹³

Esta concesión al predominio soviético, sinceira o interesada, se contrapesaba con la incorporación de elementos de otros procesos, como el que tenía lugar en China, que Carrillo asimiló con una *lectura peculiar pro domo sua*: el ejemplo chino mostraba, a sus ojos, el protagonismo de la «burguesía nacional», la coexistencia de diversos partidos sin menoscabo del papel dirigente de los comunistas y hasta la posibilidad de una transición pacífica al socialismo.¹⁴

Poco después, Carrillo se mostraba especialmente satisfecho con la condena en la URSS del «grupo antipartido» (Malenkov, Molotov, Kaganovitch) opuesto al XX Congreso. Cuando, meses más tarde, se celebrara la conferencia en Moscú de partidos comunistas, el PCE aceptaría la resolución final que enfatizaba el peligro «revisionista», pero matizando que las organizaciones de los países capitalistas necesitaban además desembarazarse «de los obstáculos sectorios y dogmáticos».¹⁵

La política de Reconciliación, sin embargo, no era una simple traslación a España del XX Congreso. Pese a tratarse de una táctica impregnada de realismo, se sustentaba en análisis bastante endebles. En febrero de 1956, Carrillo percibía al régimen en estado de «extrema debilidad», de manera que un movimiento de protesta obrera, «comience donde sea, se extendería rápidamente a todos los centros industriales y podría crear una situación revolucionaria en el país».¹⁶ Esta visión catastrofista se proyectaba asimismo sobre la economía, siempre descrita en continuo retroceso o al borde de la bancarrota; como se ha señalado, en vez de un estudio

del capitalismo y sus crisis, lo que predominaba en los análisis era la creencia en una contradicción irresoluble entre desarrollo económico y régimen franquista.¹⁷ La dirección del PCE y el propio Carrillo vivían bajo el signo del «subjetivismo».¹⁸ Pero el fenómeno era extensible a gran parte del antifranquismo y también al partido del interior, según recuerda el entonces joven militante Manolo López: «los deseos y las ilusiones pesaban tanto sobre el entendimiento que oscurecían los análisis».¹⁹

Suele considerarse como una de las máximas manifestaciones de voluntarismo la convocatoria de jornadas de huelga a plazo fijo el 5 de mayo de 1958 (Jornada de Reconciliación Nacional) y el 18 de junio de 1959 (Huelga Nacional Pacífica). Pero, más allá de su escaso seguimiento, hay que tener en cuenta las razones «tácticas» que subyacían a estas convocatorias. La primera pretendía, entre otras cosas, contrarrestar los efectos del Pacto de París (febrero de 1957) entre fuerzas de la oposición, excluyendo a los comunistas. En balance posterior, Carrillo presentó la Jornada como una demostración de fuerza frente a algunos sectores de la derecha antifranquista, siendo el PC «el obstáculo que impide utilizar al proletariado como un simple peón de brega de la burguesía».²⁰

La Jornada de junio de 1959 cosechó un fracaso más sonado y provocó, de rechazo, la dimisión de Dolores.²¹ La valoración de sus repercusiones fue nuevamente triunfalista, pero con mayor contención. Así lo planteaba Carrillo en el VI Congreso: «aun no habiendo alcanzado la huelga el alcance que preveíamos, el Partido se ha fortalecido, su autoridad en las masas es mayor, su organización se extiende con un ritmo muy rápido».²²

En definitiva, ambas convocatorias deben ser parcialmente entendidas en clave de intereses partidarios y de política de alianzas. Al margen de los niveles de respuesta que concitaron, poseían una cierta lógica: ponían en tensión al antifranquismo más activo y ejercían una función propagandística. Su fracaso sirvió, al menos, para





EXPEDIENTE

constatar que las convocatorias propias a fecha fija no obtendrían grandes resultados; que había que aprovechar y «politizar» las convocatorias desde abajo.²³

Precisamente, la política de alianzas era uno de los objetivos fundamentales del giro táctico de 1956. La idea de un franquismo con base social reducida, limitado prácticamente a una camarilla, justificaba la posibilidad de acuerdos democráticos amplios y dilatados. Ya en la reunión del Buró de la primavera de 1956, Carrillo proponía unir a fuerzas de la derecha y la izquierda bajo unas bases mínimas, añadiendo que la desaparición de Franco no debía ligarse necesariamente a un gobierno provisional «revolucionario», y sin excluir la posibilidad de apoyar a uno en el que no estuvieran presentes los comunistas, pero que se comprometiera a implantar las libertades.²⁴ Llamamientos semejantes se fueron prodigando en años posteriores.²⁵

El principal obstáculo era, para el PCE, el intento de cambios limitados desde arriba (la «salida oligárquica»). En 1959, ante la creación del partido monárquico Unión Española, Carrillo, alertaba contra las tentaciones continuistas, que su Informe al VI Congreso describía así:

La aparición de Unión Española y sus gestiones representaban un hecho nuevo, importante: una parte de la oligarquía monopolista abandonaba a Franco e intentaba tomar la iniciativa política, apoyándose en los prejuicios anticomunistas de parte de la oposición y, particularmente, de los dirigentes socialistas de Toulouse. Y si esta manobra prosperaba, podía cerrar las perspectivas a la unidad de la oposición antifranquista».

Según el análisis del PCE, la lucha de masas desempeñaba una función decisiva «para garantizar el curso democrático del movimiento antifranquista».²⁶ Justamente, los mayores logros que el giro táctico facilitó fueron precisamente los relativos al desarrollo de la influencia del partido entre los intelectuales y en el movimiento obrero. El PCE comenzaba a mostrar su capacidad para detectar y orientar nuevas rea-

lidades aún incipientes, como el surgimiento de comisiones obreras.²⁷

En suma, cuando concluía la década, ni los errores de análisis ni la persistente represión habían impedido la extensión y el aumento de influencia del partido. La política de Reconciliación parecía haber calado hondamente entre la militancia, pese a algunas reticencias iniciales. En el VI Congreso, la valoración de la nueva línea era contundente: «todos los progresos en este período están ligados a nuestra política de reconciliación nacional», que «ha modificado fundamentalmente la atmósfera política de nuestro país, a pesar de la subsistencia de la dictadura».²⁸

La consagración de un líder (1960-1965)

En la Navidad de 1959, el VI congreso formalizaba el ascenso de Carrillo a la secretaría general. Dolores pasaba a ocupar el cargo honorífico de presidenta del partido y se elegía un Comité Ejecutivo (nombre que adoptaba el antiguo Buró) de trece miembros y un Secretariado de cinco.²⁹ Pese al resultado desalentador de la Jornada de 1959, lo cierto es que había razones sobradas para refrendar —como así se hizo— el viraje de 1956. El análisis del régimen volvía a pecar de un notable catastrofismo pero, con el fin de facilitar confluencias, se moderaba el viejo programa y se proponían unas bases de acuerdo mínimas. También se fijaba una estrategia para el cambio por la vía pacífica, a través de dos etapas: antifeudal y antimonopolista la primera, y socialista la segunda. El procedimiento para derrocar al régimen sería la Huelga Nacional Pacífica³⁰.

Aunque la elevación de Carrillo a la secretaría general no modificaba *de facto* el funcionamiento anterior, intensificó, si cabe, su influencia, desde el dinamismo que imprimió a los órganos electos, hasta un estilo de dirección fuertemente personalista, alimentado por la mezcla de la tradicional actitud reverencial ante los dirigentes propia de la vieja cultura comunista y del peculiar carácter del nuevo líder. Ni José Díaz ni Dolores habían concebido su papel en términos





de adhesión incontestable, mientras que Carrillo era especialmente celoso de su autoridad.³¹

La nueva etapa que se iniciaba en el PCE coincidía con los comienzos de la crisis y división del movimiento comunista internacional, en cuyo contexto deben entenderse, en no escasa medida, los cambios que iba a experimentar el partido español.³² La impronta del nuevo secretario se dejaría sentir en las relaciones con otros partidos comunistas y particularmente con el PCUS, en las que operaban los viejos sentimientos de adhesión, pero también razones instrumentales, ya que Carrillo consideraba la nueva política del PCE inextricablemente ligada a las líneas marcadas por el XX Congreso.³³ La supeditación a la política soviética contribuye a explicar algunos extraños meandros de la trayectoria del PCE en los primeros años posteriores al VI Congreso, como las amenazas de volver a la lucha armada si la «salida democrática» no lograba consolidarse. Cabe atribuir esa sorprendente deriva —siempre formulada en términos hipotéticos— a una entrevista con los dirigentes soviéticos en 1960 que Semprún ha relatado, en la que Suslov —asegura— «nos leyó la cartilla en un tono radical y perentorio».³⁴ Sin embargo, parece tanto o más razonable interpretarla como reacción frente al enrarecimiento de la situación internacional (Carrillo siempre pensó que el éxito de la «vía pacífica» en España estaba ligado a la distensión), o, una vez más, al deseo de presionar a otras fuerzas antifranquistas para evitar el aislamiento de los comunistas. En todo caso, semejantes amagos duraron poco.

La toma de postura inequívoca del PCE ante el conflicto chino-soviético puede explicarse, asimismo, más que como muestra de adhesión inquebrantable a la «patria del socialismo», a modo de defensa de la Reconciliación, que chocaba frontalmente con las posiciones de los chinos. Ya a mediados de 1960, en informe reservado, Carrillo criticaba las tesis de Pekín como una «desviación izquierdista con numerosas semejanzas con las posiciones trotskistas de otros tiempos». Poco después, el PCE enviaba

una carta a los comunistas chinos en la que, sin abandonar el tono de camaradería, abogaba por la coexistencia, defendiendo a la vez la posibilidad de la vía pacífica en España.³⁵

No parece raro que el XXII congreso del PCUS (octubre de 1961) suscitara un auténtico estallido de entusiasmo por parte de Carrillo, embriagado ante los ambiciosos proyectos de Kruschev de superar al capitalismo y construir el comunismo en el corto plazo de dos décadas. Mayor extrañeza, dados los arraigados hábitos de los partidos comunistas de entonces, produce la reacción del PCE ante la destitución de Kruschev, en octubre de 1964. Los españoles mostraban entonces su «sorpresa y preocupación», y se deshacían en elogios hacia el defenestrado dirigente, concluyendo con afirmaciones sobre la «amistad entrañable con el PCUS», pero «sin ninguna especie de incondicionalidad, guardando nuestra independencia». Carrillo, que en sus *Memorias* califica a Breznev como «el bluff más grande que ha ocupado el liderazgo soviético», iniciaba su gradual y progresivo alejamiento de la URSS.³⁶

En la etapa que transcurre entre el VI y el VII Congreso, la línea política del PCE permaneció prácticamente invariable, a despecho de los cambios de coyuntura y los conflictos internos. La estrategia de los comunistas giraba, por estos años, en torno a la «salida democrática» al régimen, frente a la «salida oligárquica»³⁷. La primera, que implicaba una revolución política con cambios económicos y sociales, precisaba de la unión de las fuerzas antifranquistas y de la lucha de masas, «culminando en la huelga nacional, que viene a ser, en nuestra concepción, un levantamiento nacional y popular contra la dictadura», pero que debía distinguirse de la rebelión armada y, en ese sentido, representaba una vía pacífica.³⁸

La oleada de conflictos obreros en la primavera de 1962 volvió a estimular el proverbial optimismo de los comunistas en general y de Carrillo en particular. Para el secretario general, las huelgas mostraban precisamente que «no





EXPEDIENTE

pecábamos de subjetivismo».³⁹ El movimiento iniciado en Asturias podía incluso transformarse en «una huelga nacional que acabe con la dictadura».⁴⁰ España estaba, tal vez, «en vísperas de una nueva etapa revolucionaria como la de los años treinta, sólo que esta vez con un clase obrera y un campesinado mucho más experimentados y dirigidos, en lo fundamental, no por la socialdemocracia y el anarquismo sino por el Partido Comunista».⁴¹

Aunque, una vez más, las previsiones distaron de cumplirse, el objetivo de la Huelga Nacional ocuparía bastante espacio en los planes comunistas posteriores. Las condiciones, según los análisis y la propaganda del PCE, habían madurado para la huelga general política, «que en determinadas circunstancias podría ser el preludio e incluso la primera fase de la huelga nacional», y que, de hecho, no sólo era el medio más eficaz sino también —desechada la insurrección armada— «prácticamente el único de que disponemos para mostrar de forma inequívoca que el pueblo condena la dictadura fascista».⁴² La Huelga Nacional se configuraba, pues, como la acción decisiva para evitar la salida continuista: «¿Va a ser la Monarquía, va a ser la oligarquía monopolista, van a ser las fuerzas dominantes las que den su solución al problema de España, o va a ser la clase obrera, van a ser las masas populares, va a ser el pueblo el que dé la solución?».⁴³

La línea política defendida a partir de 1956 y en particular desde el VI Congreso, así como ciertos problemas derivados del funcionamiento interno del partido, provocaron, a lo largo de estos años, algunas discrepancias suscitadas por quienes la repudiaban por «revisionista» o, en sentido contrario, por parte de los que consideraban que se mantenía una inadaptación sustancial, en análisis y propuestas, a la situación del país. Entre los primeros estaban los sectores «pro-chinos» que se escindieron en 1963-64 y crearon un Partido Comunista marxista-leninista de escasa influencia.⁴⁴

Mayor relieve adquirieron las discrepancias entre el secretario general y un numeroso sec-

tor de los intelectuales del partido, que darían lugar a episodios tan significativos como las desinhibidas críticas que Carrillo hubo de soportar en el seminario de Arrás, en el verano de 1963.⁴⁵ La sintonía de muchos de ellos con la disidencia de Claudín y Semprún sería la gota que desbordara el vaso de la paciencia de un Carrillo que se apresuró a exhibir unos resabios anti-intelectualistas muy arraigados en la tradición obrerista del partido. En ese sentido hay que considerar su «Respuesta a las preocupaciones de algunos intelectuales», a fines de 1964, donde se refería a «ciertos jóvenes de procedencia burguesa» que carecían de «confianza en la fuerza del pueblo» o podían ser tentados por los círculos oligárquicos del país, y a los que aconsejaba que «antes de llegar a un conflicto con el Partido se alejen momentáneamente de sus filas, se tomen un período de reflexión...».⁴⁶ El escrito sobre los intelectuales se insertaba, en todo caso, en la intensa polémica de la dirección del partido con Claudín y Semprún.⁴⁷ Como es sabido, las posiciones defendidas por ambos planteaban que, con toda probabilidad, no habría salida «democrática» sino «oligárquica» al régimen, con cambio de las formas políticas pero no sociales y que, por tanto, el programa de la fase «antifeudal y antimonopolista» era tan irreal como inconveniente, ya que desviaba al partido de los objetivos factibles y de las alianzas necesarias para conseguirlos. Había que abandonar el confuso concepto de «revolución democrática» y la consigna de la «huelga nacional». La culpa de estas propuestas equivocadas radicaba, según Claudín, en el proverbial subjetivismo de los análisis del partido. Las posibilidades de «liberalización» del régimen eran tanto mayores cuanto el propio contexto internacional favorecía una salida moderada y el desarrollo de la economía fomentaba la despolitización de las luchas obreras.

En general, el diagnóstico de los disidentes parece más realista que el de la dirección del partido y, a tenor de lo sucedido posteriormente, con el triunfo de la «salida oligárquica» a la





muerte de Franco, resultaba incluso profético. No obstante, es dudoso que —como se ha dicho— sus propuestas fueran luego reapropiadas por Carrillo, al menos hasta el fallecimiento del Dictador. No en vano, como señalaba Rossana Rossanda, el PCE no podía aceptar una vía de salida a la dictadura que lo excluyera, so pena de su misma estabilidad:

Sólo el hecho de suponer que podía tener lugar parecía una capitulación: y en ciertos sentidos lo era, lo desarmaba, porque no tenía otras armas. Era una verdad dura. Quien la formulara, se encontraría frente a un partido reacio a creerla, aunque sólo fuera por desesperación.⁴⁸

Carrillo asegura que intentó evitar la ruptura con los disidentes, pero parece más verosímil que conociera previamente o alentara las arremetidas contra ellos de sus colaboradores, empezando por Eduardo García, que fue quien abrió el fuego.⁴⁹ También achaca las desavenencias al cansancio de los dos dirigentes díscolos, circunstancia que ayuda a explicar la forma abierta y sin tapujos con que las plantearon.⁵⁰ La voluntad de extremar las posiciones impidió luego cualquier acuerdo. Es muy posible que tras la postura de Carrillo hubiera una clara intención de mantener su autoridad o su prestigio.⁵¹ Lo que resulta indudable es la responsabilidad carrillista en las campañas de descrédito de los disidentes, que deterioró la buena imagen que tenía el secretario general entre algunos militantes que apoyaban las tesis claudinistas y otros que, sin compartirlas, desaprobaban los métodos empleados por la dirección.⁵²

Entre las respuestas a las tesis de Claudín, algunas eran tan genéricas como las que lo acusaban de «desviación derechista» por sobrevalorar la fuerza de la oligarquía y minusvalorar la de la clase obrera. Algunos consideraban erróneas sus caracterizaciones sobre la despolitización de los trabajadores, aunque compartieran el realismo de otras partes de su análisis. No obstante, las principales objeciones se referían más que a sus visiones de la sociedad española a las conse-

cuencias políticas que se podían deducir de ellas. Las tesis claudinistas pueden ser vistas, no sin argumentos sólidos, como potencialmente desmovilizadoras. En opinión de Líster, lo que se discutía era «si el Partido debe seguir jugando un papel en el desarrollo de los acontecimientos en España, o si debe ir a la cola de esos acontecimientos». Según Sánchez Montero, Claudín y Semprún habrían acertado en el diagnóstico, pero equivocándose en el tratamiento, pasando del subjetivismo a un «objetivismo igualmente pernicioso»; probablemente lo que plantea Simón no está lejos de una de las acotaciones críticas que se le hicieron a Claudín por parte de la dirección del partido en medio de la refriega, a saber, que rechazar la consigna de la huelga general significaba renunciar a un trabajo que, por sí mismo, estimulaba importantes movilizaciones:

retirar esa consigna, como un momento de polarización de todas las luchas parciales, un momento decisivo de cambio de calidad de la lucha, sólo sería grato para el franquismo y para los grupos oligárquicos (...) Incluso para desarrollar las luchas parciales, para elevar su nivel político, es necesaria esa perspectiva.⁵³

Podría decirse que, parafraseando a Max Weber, luchar por lo imposible ayudaba a alcanzar lo posible; y remedando a Gramsci, que la previsión del futuro sólo era posible sobre la base del trabajo para que éste se cumpliera.⁵⁴ Por ello, la posición de Carrillo y otros dirigentes, independientemente de que estuviera motivada también por intereses espurios, según estas hipótesis, encajaría asimismo en lo que Weber llamaba la «ética de la responsabilidad», la que se preocupa sobre todo de las presumibles consecuencias de los actos (¿qué pasaría, por ejemplo, si ajustarse al análisis riguroso de la realidad llevaba a destruir la organización?). Solé Tura insinúa que Carrillo probablemente creyó que las propuestas de Claudín eran prematuras y llevarían a la escisión del partido.⁵⁵ El triunfo de las tesis «oficiales» habría —hipotéticamente— evitado esa ruptura con una parte importante de los activistas, copartícipes de un voluntarismo y





EXPEDIENTE

un subjetivismo que operaban como recursos psicológico para la resistencia. A continuación, la capacidad de maniobra de los «italianizantes» se evitó mediante los procedimientos habituales de control del partido y cortocircuitando los contactos con Italia de los dos expulsados.⁵⁶ El resto lo hizo el desinterés o la escasa prioridad que dio al tema la mayor parte de la militancia.⁵⁷ En cualquier caso, los conflictos internos y las escisiones no parecen haber dañado excesivamente la estructura del conjunto del partido. Cuando, en el verano de 1965, se celebrara el ultraclandestino VII Congreso, el secretario general podía dar por zanjadas las crisis, reivindicaba los paradójicos efectos movilizadores del subjetivismo («sobre la base de ‘fracasos’ así se han fundamentado los éxitos actuales del movimiento de masas») y reincidía en los sempiternos diagnósticos optimistas. Además de continuar renovando los órganos de dirección con cuadros procedentes del interior, el cónclave consagraba la idea del inicio, con la llegada de la democracia, de un período intermedio entre el régimen del capital monopolista y el futuro socialismo, que ahora se formulaba como «democracia política y social», con reformas económicas avanzadas (eliminación de los latifundios, nacionalizaciones de la banca y de industrias monopolísticas, etc.).⁵⁸

El dirigente imprescindible (1965-1970)

Desde 1965, la política del PCE se presenta cada más asociada a la figura de su omnipresente secretario. Incluso los principales documentos aprobados por los órganos de dirección se publican bajo la autoría de Carrillo, que además irrumpe constantemente en la prensa del partido con artículos, declaraciones y discursos. Ello contribuye a personalizar en él la actuación partidaria. No es casualidad que los grupos *izquierdistas* comenzaran por entonces a hablar de «carrillismo», término que se considerará sinónimo, en estos sectores, de «revisionismo». Y aunque los sucesivos conflictos fueron minando

en algunos militantes la confianza en el secretario general y sus métodos, éste parecía poseer todavía una notable capacidad de seducción personal, ejemplificada en el contundente testimonio de su posterior mecenas y amigo Teodulfo Lagunero narrando el primer encuentro entre ambos: «La personalidad humana, política y cultural de Santiago me apabulló».⁵⁹

Paralelamente, la consolidación orgánica del PCE y su influencia lo terminaron convirtiendo en el partido del antifranquismo por antonomasia. La imbricación en los movimientos sociales y una militancia cotidiana muy adaptada a las condiciones reales de la sociedad española (independientemente de los objetivos estratégicos, más cargados de contenidos utópicos) explican este éxito indudable.⁶⁰

Carrillo atribuía los logros de implantación, que se consolidan en la primera mitad de los setenta, en primer lugar a la larga trayectoria clandestina: «los largos años de clandestinidad nos habían dado una verdadera maestría: era resultado de la acumulación de experiencias, positivas unas, negativas otras, y de la fusión de generaciones veteranas con otras más jóvenes». Además, destacaba la eficacia de la propaganda y la orientación política a los militantes, así como la solidez de un aparato partidario en constante renovación, desde las organizaciones de base hasta la cúpula. A modo de ejemplo, en el Pleno del Comité Central de septiembre de 1970, que expulsó a Líster y otros cuatro compañeros, fueron cooptados 29 nuevos miembros. En esta misma reunión, se constataba el desarrollo del partido («estamos construyendo ya un gran partido de masas») y se defendía el principio de un centralismo democrático escorado hacia el primer componente de la fórmula (centralismo) por las condiciones de ilegalidad.⁶¹

Los cambios más llamativos en la política partidaria fueron, por estos años, los que afectaron al distanciamiento con respecto a los países del *socialismo real*. Varios factores parecen haber operado en este viaje irreversible: la profundización en la crisis del movimiento comunis-





ta internacional, el desencanto con los nuevos dirigentes del Kremlin y la convicción de que las propuestas políticas para España perdían credibilidad con la vinculación incondicional a la Unión Soviética. Así lo apuntaba en Carrillo en 1967, aludiendo a la noción de dictadura del proletariado: al *universalizar* las *formas* «que el Estado socialista ha tomado en la URSS, por razones históricas concretas, dejábamos a nuestros adversarios el beneficio de la defensa de las libertades políticas frente al socialismo». ⁶²

El alejamiento, gradual y cauteloso, era ya perceptible cuando, a comienzos de 1966, Carrillo abordaba críticamente en *Nuestra Bandera* el caso de los disidentes soviéticos Siniavski y Daniel. ⁶³ Al año siguiente, en *Nuevos enfoques a los problemas de hoy*, se atribuía el sistema de partido único no a la voluntad de los revolucionarios, sino a las circunstancias históricas; frente a ello, «en muchos países de Europa occidental, la marcha hacia el socialismo tomará probablemente la forma de una ampliación de la democracia». ⁶⁴

El primer conato de conflicto surge, sin embargo, a fines de 1967, cuando una delegación española se reúne con la cúpula soviética, que entre otras cosas sondea la actitud del PCE ante una posible salida monárquica del régimen. A los pocos días, el corresponsal de prensa Ardатовski publica en *Izvestia* una información insistiendo en el mismo tema. *Mundo Obrero* replica entonces de manera contundente, subrayando que «nuestra política la elaboramos nosotros» y forzando a la dirección soviética a rectificar. ⁶⁵

El choque se produce, como es bien sabido, con la Primavera de Praga. El experimento reformador checoslovaco recibió, desde el principio, el apoyo del PCE. En mayo de 1968, Santiago Álvarez reiteraba el espaldarazo de los comunistas españoles ante un proceso que pretendía la «democratización de la sociedad socialista y en modo alguno contra ésta», y que «tiene mucha afinidad con el proyecto de sociedad socialista que, dadas nuestras condiciones concretas y teniendo en cuenta nuestra experiencia, pensamos que debería ser realidad en España». ⁶⁶

En septiembre, tras condenar el PCE la intervención soviética, *Mundo Obrero* intentaba suavizar el conflicto, pero invocaba a la vez el XX Congreso, rechazando la existencia de cualquier partido-guía de los demás y asegurando que «el marxismo-leninismo no es una religión depositada en una nueva Meca proletaria». Un balance presentado poco después de las discusiones en la organización sobre el caso checoslovaco subrayaba la unidad del partido y el apoyo a la URSS, pero a la vez hacía constar la diversidad de posiciones, incluyendo algunas que criticaban la tendencia a pintar «de color de rosa» la realidad de los países socialistas o se planteaban si en las superestructuras políticas de los mismos «no hay defectos, formas, métodos superados ya por el desarrollo material del socialismo». ⁶⁷

Ciertamente, la unidad monolítica del partido no estaba precisamente asegurada, como demuestran las posteriores escisiones *prosoviéticas* encabezadas por Eduardo García y Enrique Lister. Y tampoco lo estaba la buena sintonía con el PCUS. En los años 1969-70, el PCE va a desarrollar una significativa política de diversificación de sus contactos con otros partidos comunistas, algunos de ellos caracterizados por su celosa independencia. El Pleno del Comité Central de septiembre de 1970 celebraba esa multiplicidad de relaciones, y a la vez el acercamiento a los partidos hermanos de Europa occidental, «puesto que luchamos en una región geográfica con muchos problemas y tareas comunes, en la que maduran las condiciones para profundas transformaciones político-sociales». ⁶⁸

De los crecientes diferendos con la dirección soviética ofrece clara muestra el conflicto generado en la conferencia de partidos comunistas y obreros en junio de 1969; los españoles firmaron el comunicado final, pero dejando constancia de sus desacuerdos. El texto de Carrillo, entre otras cosas, enfatizaba la independencia de cada organización. Pero, sobre todo, criticaba el excesivo triunfalismo del documento final por no reconocer las «contradicciones entre los Estados socialistas» y las que éstos arrastraban de





EXPEDIENTE

su pasado capitalista y hasta feudal «como una herencia envenenada», agravadas cuando «son tratadas de manera subjetivista».⁶⁹

En comparación con los efectos del contexto internacional, los cambios de propuestas en el frente interno parecen bastante más limitados. Así, en *Nuevos enfoques*, se rechazaba una vez más la «viabilidad de un desarrollo neocapitalista», que —se decía— «no sólo no se ha confirmado sino que ofrece tantas o más dudas que hace diez años»; por el contrario, «la opción por un desarrollo democrático, antifeudal y antimonopolista se presenta rodeada de un prestigio y de posibilidades cada vez mayores».⁷⁰ En enero de 1970, una Declaración del Comité Ejecutivo reafirmaba la «vía democrática» y la necesidad de avanzar hacia la Huelga General y la Huelga Nacional, con la presión redoblada de los movimientos de masas.⁷¹

Lo que sí experimentó si no variaciones sustanciales al menos modulaciones fue la flexibilidad y amplitud que se intentaba dar a las políticas de alianzas. En *Nuevos enfoques*, se reclamaba «un contrato mínimo entre el más amplio reparto de fuerzas». Tal vez no sea casual que, en ese mismo texto, Carrillo subrayara la diferenciación creciente, dentro del régimen, entre los que denominaba «ultras y burócratas» por un lado, y los «evolucionistas» por otro; e incluso lanzara un reto a estos últimos, planteándoles el dilema de ser rehenes del grupo ultra o redoblar la lucha contra él «sin temor a coincidir con la oposición».⁷² Por si todo ello pudiera hacer pensar que en el fondo se estaba admitiendo la opción de la «vía oligárquica», un exégeta del Carrillo de *Nuevos enfoques* se esforzaba en disipar tal posibilidad: «¿Supone esto un cambio en nuestra política anterior, una aceptación de la salida oligárquica? Nada de eso. Es la realización de la política del Partido en las condiciones de hoy».⁷³

Desde 1969 comienza a hablarse del Pacto para la Libertad: un convenio sobre bases mínimas (gobierno provisional de amplia coalición, amnistía total, libertades políticas y elecciones

constituyentes) que debía trenzarse —en expresión de Carrillo— «por arriba, por abajo y por medio» y sobre la base de «un fuerte apoyo popular en la calle». En definitiva, para acabar con el fascismo, como decía el viejo Lenin, había que llegar a acuerdos hasta con el diablo.⁷⁴

La ampliación de las alianzas también tenía su proyección en el terreno social, con la atención creciente a los católicos y la enfatización de la importancia adquirida por los nuevos movimientos de rebeldía juvenil, singularmente tras el Mayo del 68 francés, y que Carrillo convertirá en tema recurrente en sus discursos y textos de estos años. Otra innovación era la tesis de la alianza de las fuerzas del trabajo y la cultura, concebida como una convergencia estratégica y en parte sustitutiva de otras clásicas, como la de obreros y campesinos.⁷⁵

El otro gran cambio estratégico, aunque en realidad era continuación y derivación de las posiciones anteriores, consistía en la formulación de una vía al socialismo en España basada en el pluripartidismo y con mantenimiento de las libertades democráticas. Para ello, Carrillo formulaba en *Nuevos enfoques* una distinción entre la *esencia* de la dictadura del proletariado y las *formas* que históricamente pudiera adoptar y que, a diferencia de Rusia y las llamadas democracias populares, en España, y tal vez en otros países de la Europa capitalista, representaría no la anulación de las libertades *formales* sino su ampliación.⁷⁶

El aprendiz de estadista (1970-1975)

A medida que el final del régimen —esta vez sí— se aproximaba, el protagonismo de Carrillo se acentuaba en una doble dimensión: como jefe indiscutido de las huestes comunistas y como estadista en ciernes. La prensa internacional glosaba su figura de dirigente político de primera magnitud, destinado a desempeñar un papel relevante en el posfranquismo. En París, era sondeado por personalidades españolas, algunas de ellas del régimen, y —sobre todo tras la





presentación de la Junta Democrática— recibido por las autoridades comunitarias y hombres de Estado como el canciller austriaco Kreisky o el presidente mexicano Echevarría. Los franceses Régis Debray y Max Gallo prestaban su pluma para brindarle una tribuna que era a la vez de propagandas del partido y suya propia. Carrillo confiesa en sus *Memorias* que esta época le resultó apasionante. Claudín se entrevistó con él en 1974 y lo encontró «en plena forma y con más seguridad en sí mismo, en su partido y en el viento de la historia»; o sea que «era el de siempre pero más». Su compañero en la Junta Democrática José Vidal Beneyto, que lo considera «notable táctico aunque menos notable estrategia», asegura que le enseñó mucho de política: «Mi relación con Santiago Carrillo durante estos años —73 a 77— fue agradable y provechosa, porque con él pude adentrarme en la práctica cotidiana de la acción política y mejorar buena parte de lo que sabía de ese oficio».⁷⁷

Carrillo, después de mucho tiempo enfrascado en tareas internas y al frente del aparato partidario, podía además disfrutar de baños de masas como el recibido en el parisino Parque de Montreau en 1971, en mitin organizado con ayuda del PCF, y al que *Mundo Obrero* atribuye 50.000 participantes;⁷⁸ el de Ginebra, a mediados de 1974, con 25.000 asistentes —nuevamente según *Mundo Obrero*—, ante los que anuncia, eufórico, que «las campanas tocan a muerto por la dictadura fascista»;⁷⁹ o, un año más tarde, el de Livorno, junto con Berlinguer, considerado como el pistoletazo de salida del eurocomunismo.⁸⁰

Cierto que, aunque siguiera tomando decisiones sin apenas consultar con sus compañeros,⁸¹ recibía su fuerza de un partido vivo y robusto, al que la movilización social creciente estaba convirtiendo cada vez más en una organización de masas, plagada de cuadros jóvenes y competentes.⁸² Un grupo capaz de contribuir decisivamente a tejer los mimbres básicos del antifranquismo político y social, a tenor de lo que el propio secretario general diagnosticaba así en 1975: «a través de las zonas de libertad

y de democracia que están creándose en todos los ámbitos sociales (...) se está desarrollando un amplio y denso tejido democrático».⁸³

Fue ésta, sin duda, una etapa de grandes cambios, o si se quiere, de la culminación de procesos anteriores. Uno de ellos era la progresiva separación del modelo soviético.⁸⁴ Paralelamente, se iba gestando el acercamiento a otros partidos comunistas de Europa occidental, con los que además se aspiraba ya a compartir el finalmente aceptado Mercado Común, y con los que Carrillo encontraba cada vez más semejanzas. En Livorno, en julio de 1975, comunistas españoles e italianos rubricaban una declaración conjunta de intenciones sobre el avance democrático al socialismo, a la vez que Carrillo dilataba sus propuestas de convergencia con socialistas, socialdemócratas, católicos y otras fuerzas «progresistas».⁸⁵

Las tesis de la «vía democrática al socialismo» se alimentaban con la lectura crítica de otras experiencias, como la de la Unidad Popular chilena, a la que se reprochará olvidar que no se podía avanzar hacia el socialismo sin una amplia mayoría social, y que no tenía sentido quemar etapas o aislarse de las capas medias.⁸⁶ En cuanto al proceso portugués, interpretado al principio desde sus supuestas semejanzas con el caso español, generaría luego duros reproches de Carrillo por sus derivas *izquierdistas*; el desapego de la dirección comunista española con respecto a la política del PC portugués, llevaría incluso a Carrillo a mostrar ostensiblemente una mayor proximidad con el Partido Socialista de Mário Soares.⁸⁷

En teoría, la visión del cambio que debía producirse tras el franquismo no muestra, en estos años, diferencias sustanciales con las propuestas anteriores. Se sigue hablando de la Huelga General o la Huelga Nacional, y afirmando que no sólo se estaba desgastando la dictadura, sino también el «sistema del capital monopolista». Sin una revolución política no habría democracia posible, y Juan Carlos no era «otra cosa que una hechura del fascismo español».⁸⁸





EXPEDIENTE

En estos años, emergió de nuevo la retórica de la Reconciliación⁸⁹ y continuó la del Pacto para la Libertad, del cual la Junta Democrática pretendía ser una plasmación particular.⁹⁰ La Junta heredó, además, las principales propuestas del PCE, aunque cambiándolas de nombre (en lugar de Huelga Nacional, Acción Democrática Nacional; y en vez de revolución política, «ruptura democrática»). Todavía el Manifiesto-Programa, aprobado en el otoño de 1975, conservaba lo esencial de los supuestos tácticos y estratégicos del PCE: el socialismo en libertad y la vía española, la democracia político-social como fase intermedia, el Pacto para la Libertad, La Huelga Nacional, la Alianza de las Fuerzas del Trabajo y la Cultura, etc.⁹¹

A medida que se acercaba el fin del régimen, se iban acumulando los signos de un creciente pragmatismo. La imagen del posfranquismo se remitía cada vez más a cambios exclusivamente políticos, quedando para el futuro hipotético las transformaciones económicas y sociales que se suponían indisociablemente vinculadas a la «revolución democrática». La «Declaración al pueblo español» de la Junta Democrática subrayaba que la Transición había de ser un período complejo y delicado, que implicaba reorganizar a la mayor parte de la ciudadanía, desarticulada tras 35 años de dictadura, y se refería luego al franquismo o «al sistema transitorio que lo sustituya». Quedaba en pie la necesidad de la ofensiva obrera con el fin de «derribar la resistencia al Pacto para la libertad para acelerar el aislamiento de la dictadura».⁹² Pero, con la muerte del dictador, el uso del movimiento obrero podía implicar no ya la movilización, sino la contención, con el fin de tranquilizar a los aliados burgueses. Como apostillaba Carrillo, una cosa era ocupar los sindicatos y otra bien distinta las fábricas; debía pensarse en un amplio pacto social y había que evitar caer en la «huelgomanía». Se trataba, en definitiva, de no ir más allá de los «objetivos democráticos» y preservar el frente político que estaba desarrollándose, huyendo del riesgo de «portugalizar el proceso español».⁹³

En definitiva, cuando se acercaba el momento de su hipotética realización, la «vía democrática» parecía difuminar sus perfiles. Santiago Carrillo sería, una vez más, el encargado de dar forma a las inflexiones y cambios de perspectiva que se avecinaban.

NOTAS

- 1 ASENJO, Mariano, y RAMOS, Victoria, *Malagón. Autobiografía de un falsificador*, Barcelona, El Viejo Topo, 1999, pp. 223 y 226.
- 2 MORÁN, Gregorio, *Miseria y grandeza del Partido Comunista de España, 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 236-252.
- 3 Dolores llegó a advertir sobre la desconexión entre «lo que se ha dado en llamar el aparato de Santiago», es decir, la Comisión del Interior «que discute y resuelve bajo la dirección de Santiago y Claudín», y el resto del Buró Político, «muchos de cuyos miembros no conocen más que superficialmente la marcha de los acontecimientos». *Ibidem*, pp. 262-263.
- 4 CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo. Crónica de un secretario general*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 125. CARRILLO, Santiago, *Memorias*, Barcelona, Planeta, 1993, pp. 440-441 y 475.
- 5 PRESTON, Paul, *El Zorro Rojo. La vida de Santiago Carrillo*, Barcelona, Planeta, 2013, p. 195. CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo...*, cit., pp. 117-118 y 132.
- 6 MÚGICA HERZOG, Enrique, *Itinerario hacia la Libertad*, Barcelona, Plaza & Janés, 1986, pp. 60-61. SOLÉTTURA, Jordi, *Una historia optimista. Memorias*, Madrid, Aguilar, 1999, pp. 112-113. TREGLIA, Emanuele, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, p. 74.
- 7 ERICE SEBARES, Francisco, «Los condicionamientos del 'giro táctico' de 1956. El contexto de la política de reconciliación nacional», *Papeles de la FIM. Revista de Investigación Marxista*, 2ª época, 24 (2006), pp. 129-150.
- 8 CARRILLO, Santiago, «Sobre la entrada de España en la ONU. La política de coexistencia es una ayuda a las fuerzas antifranquistas y de paz», *Mundo Obrero (MO)*, enero de 1956, y «La lucha del pueblo español contra el franquismo», *MO*, febrero de 1956.
- 9 CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo...*, cit., pp. 108-145.
- 10 ERICE SEBARES, Francisco, «El 'orgullo de ser comunista'. Imagen, autopercepción, memoria e identidad colectiva de los comunistas españoles», en BUENO LLUCH, Manuel, y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (eds.), «Nosotros los comunistas». *Memoria, identidad e historia social*, Sevilla, FIM/Atrapasueños, 2009, pp. 149-151.
- 11 CARRILLO, Santiago, *Memorias*, cit., p. 464.
- 12 *Ibidem*, pp. 458-459. «Resolución del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de España sobre el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética», *MO*, mayo-junio de 1956.





- ¹³ CARRILLO, Santiago, *Memorias*, cit., pp. 461-462 y 466-468. CARRILLO, Santiago, «Redoblar la lucha en el terreno ideológico», *MO*, enero de 1957.
- ¹⁴ CARRILLO, Santiago, «Sobre una singularidad de la revolución china: La alianza de los capitalistas nacionales con el proletariado», *Nuestra Bandera (NB)*, 16 (mayo de 1957), pp. 9-24.
- ¹⁵ CARRILLO, Santiago, «La victoria de lo nuevo», *MO*, I-VIII-1957. «Sobre la conferencia de los 65 partidos comunistas», *MO*, 15-XII-1957.
- ¹⁶ CARRILLO, Santiago, «La lucha del pueblo español contra el franquismo», *MO*, febrero de 1956.
- ¹⁷ GONZÁLEZ DE ANDRÉS, Enrique, *La economía franquista y su evolución. Los análisis económicos del Partido Comunista de España*, Madrid, Los Libros de la Catarata, 2014, pp. 37-43.
- ¹⁸ CLAUDÍN, Fernando, *Documentos de una divergencia comunista*, Barcelona, El Viejo Topo, 1978, pp. 69-93.
- ¹⁹ LÓPEZ, Manolo, *Mañana a las once en la Plaza de la Cebada*, Albacete, Bomarzo, 2009, pp. 403-404.
- ²⁰ CARRILLO, Santiago, «Algunas cuestiones en torno a la Jornada del 5 de mayo», *NB*, 21 (julio de 1958).
- ²¹ CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo...*, cit., pp. 136-143. Claudín afirma que Carrillo se sorprendió con dicha dimisión y llegó a comentar si se debería a alguna maniobra; el aludido siempre ha negado esta versión de los hechos.
- ²² CARRILLO, Santiago, *VI Congreso del Partido Comunista de España. Informe del Comité Central presentado por el camarada Santiago Carrillo. Discurso de clausura*, S/I, España Popular, s/f, p. 64.
- ²³ MOLINERO, Carme, e YSÁS, Pere, «El partido del antifranquismo (1956-1977)», en BUENO, Manuel, HINOJOSA, José, y GARCÍA, Carmen (coords.), *Historia del PCE. I Congreso 1920-1977*, Madrid, FIM, 2007, t. II, p. 16. TREGLIA, Emanuele, op. cit., p. 87.
- ²⁴ Archivo Histórico del PCE (AHPCE), Actas de la Reunión del Buró Político del Comité Central del Partido Comunista de España, abril-mayo de 1956, pp. 6-31.
- ²⁵ CARRILLO, Santiago, «España después de febrero», *España Popular (EP)*, 11-V-1956. «Declaración del Partido Comunista de España», *MO*, febrero de 1957. «Ante la situación de España. El Partido Comunista se dirige a todas las fuerzas políticas y sociales del país», *MO*, 15-IV-1958.
- ²⁶ CARRILLO, Santiago, «El papel del proletariado y del Partido Comunista en la lucha por la democracia», *NB*, 24 (agosto 1959).
- ²⁷ Sobre trabajo entre intelectuales, NIETO, Felipe, *La aventura comunista de Jorge Semprún. Exilio, clandestinidad y ruptura*, Barcelona, Tusquets, 2014; o AZNAR SOLER, Manuel, «Los intelectuales y la política cultural del Partido Comunista de España», en BUENO LLUCH, Manuel, y GÁLVEZ BIESCA, Sergio (eds.), op. cit., pp. 367-387. Sobre PCE ante el movimiento obrero en este período, VEGA GARCÍA, Rubén, «Las fuerzas del trabajo: los comunistas y el movimiento obrero durante el Franquismo», en *Ibidem*, pp. 325-336, y TREGLIA, Emanuele, op. cit., pp. 58-99.
- ²⁸ CARRILLO, Santiago, *VI Congreso...*, cit., p. 69.
- ²⁹ MORÁN, Gregorio, op. cit., pp. 333-338.
- ³⁰ «Resolución política del VI Congreso», *MO*, n.º extraordinario 15-II-1960. SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *Teoría y práctica democrática en el PCE (1956-1982)*, Madrid, FIM, 2004, pp. 65-72.
- ³¹ CLAUDÍN, Fernando, *Documentos...*, cit., p. V.
- ³² PRIESTLAND, David, *Bandera Roja. Historia política y cultural del comunismo*, Barcelona, Crítica, 2010, pp. 313-441.
- ³³ CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo...*, cit., p. 159.
- ³⁴ SEMPRÚN, Jorge, *Federico Sánchez se despide de ustedes*, Barcelona, Tusquets, 2010, 2ª ed., pp. 213-215.
- ³⁵ Escrito «muy reservado» de S. Carrillo, en AHPCE, Relaciones Internacionales (RI), J. 35-36. Carta del CC del PCE al PC de China, 24-IX-1960, en AHPCE, RI, J. 33-34.
- ³⁶ «Informe del camarada Santiago Carrillo sobre el XXII Congreso del P.C.U.S.», *MO*, 1-I-1962. Sobre el reemplazamiento del camarada Jruschov», *MO*, 2ª quincena de octubre de 1964. CARRILLO, Santiago, *Memorias*, cit., p. 499.
- ³⁷ CARRILLO, Santiago, «Franquismo sin Franco? ¡Tampoco!», *MO*, 15-V-1961. CARRILLO, Santiago, «Las fuerzas determinantes del desarrollo político español», *NB*, 31 (julio de 1961).
- ³⁸ «El Comité Central del Partido Comunista de España se ha reunido en sesión plenaria», *MO*, 1-XI-1961.
- ³⁹ «La clase obrera ha abierto el camino hacia una solución el problema político español (Discurso pronunciado por el camarada Santiago Carrillo en una reunión de militantes del Partido)», *MO*, junio de 1962.
- ⁴⁰ «La España trabajadora se levanta. Entrevista con el camarada Santiago Carrillo, Secretario General del P.C. de España», *EP*, 15-VI-1962.
- ⁴¹ Carta de Santiago Carrillo, en nombre del Comité Central, 6-VI-1962, en AHPCE, RI, J. 87.
- ⁴² CARRILLO, Santiago, «Más sobre la huelga general política», *MO*, 15-X-1962. También CARRILLO, Santiago, «Cómo preparar la Huelga General Política», *MO*, 1ª quincena de julio de 1963.
- ⁴³ «Pleno ampliado del Comité Central (Noviembre 1963). Interview con el camarada Santiago Carrillo...», *MO*, 1-XII-1963.
- ⁴⁴ MORÁN, Gregorio, op. cit., pp. 375-376.
- ⁴⁵ CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo...*, cit., pp. 154-156.
- ⁴⁶ CARRILLO, Santiago, «Respuesta a la preocupación de algunos intelectuales», *Realidad*, 4 (noviembre de 1964), pp. 4-20.
- ⁴⁷ MORÁN, Gregorio, op. cit., pp. 381-406. SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, op. cit., pp. 87-104. Textos de intervenciones de Claudín, puntualizaciones a críticas recibidas por parte de miembros del Comité Central y «Notas críticas» de acotación a este último texto por parte de la dirección del partido, en CLAUDÍN, Fernando, *Documentos...*, cit.
- ⁴⁸ ROSSANDA, Rossana, *Un viaje inútil o de la política como educación sentimental*, Barcelona, Laia, 1984, p. 126.
- ⁴⁹ CARRILLO, Santiago, *Memorias*, cit., pp. 478-481. SEMPRÚN, Jorge, *Autobiografía de Federico Sánchez*, Barcelona, Planeta, 1977, pp. 272-274.
- ⁵⁰ Claudín (*Santiago Carrillo*, cit., pp. 174-175) asegura que no quiso hacer una *autocrítica* que algunos les pedían porque, después de treinta años de discusiones interminables, ya





EXPEDIENTE

- no podía aguantar más, a diferencia de Carrillo, que disfrutaba de este ambiente «más que en una efusión amorosa».
- ⁵¹ No es de extrañar su enfado, que le manifestó a Claudín, porque éste le hubiera desautorizado ante los intelectuales en Arrás, presentándole además como un «dogmático» (CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo...*, cit., p. 163).
- ⁵² SOLÉ TURA, Jordi, *op. cit.*, pp. 204-208. LÓPEZ, Manolo, *op. cit.*, pp. 565-575.
- ⁵³ SANDOVAL, José, *Una larga caminata. Memorias de un viejo comunista*, S/I, Muñoz Moya Editores Extremeños/FIM, 2006, pp. 131-133. LÍSTER, Enrique, *Así destruyó Carrillo al PCE*, Barcelona, Planeta, 1983, p. 159. SÁNCHEZ MONTERO, Simón, *Camino de libertad. Memorias*, Madrid, Temas de Hoy, 1997, pp. 267-268. CLAUDÍN, Fernando, *Documentos...*, cit., pp. 308-310.
- ⁵⁴ «Realmente, se 'prevé' en la medida en que se actúa, en que se aplica el esfuerzo voluntario y con ello se contribuye concretamente a crear el resultado 'previsto'. La previsión se revela, pues, no como un acto científico de conocimiento, sino como la expresión abstracta del esfuerzo que se hace, el modo práctico de crear una voluntad colectiva». GRAMSCI, Antonio, *Cuadernos de la cárcel*, México, Era, 1975, t. 4, p. 267.
- ⁵⁵ SOLÉ TURA, Jordi, *op. cit.*, pp. 207-208.
- ⁵⁶ Carrillo llamó a Togliatti para evitarlos. Véase CARRILLO, Santiago, *Memorias*, cit., p. 547.
- ⁵⁷ Véase, por ejemplo, testimonio de SUÁREZ ROLDÁN, María Luisa, *Recuerdos, nostalgias y realidades. Sobre la defensa de las víctimas del franquismo*, Albacete, Bomarzo, 2011, p. 127.
- ⁵⁸ CARRILLO, Santiago, «¿Qué queremos los comunistas para España? Hacia una democracia política y social», en AHPCE, *Actas del VII Congreso del PCE*, pp. 49-238.
- ⁵⁹ LAGUNERO, Teodulfo, *Memorias*, Barcelona, Umbriel, 2012, p. 305.
- ⁶⁰ YSÀS, Pere, y MOLINERO, Carmen, *op. cit.*, pp. 14-19.
- ⁶¹ CARRILLO, Santiago, *Memorias*, cit., p. 573-574. «Se ha reunido el Pleno ampliado del Comité Central. Texto de La Resolución Política», *MO*, 30-IX-1970.
- ⁶² CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques a los problemas de hoy*. París, Editions Sociales, 1967, p. 141.
- ⁶³ «Declaraciones de Santiago Carrillo a Nuestra Bandera», *NB*, n.º 47-48 (febrero-marzo de 1966), pp. 16-17.
- ⁶⁴ CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques...*, cit., pp. 143-155.
- ⁶⁵ CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo...*, cit., p. 193. «No, camarada Ardatovski» y «La gran amistad entre el P.C. de España y el P.C. de la Unión Soviética», en *MO*, 2.ª quincena de diciembre de 1967, y 1.ª quincena de enero de 1968.
- ⁶⁶ ÁLVAREZ, Santiago, «La renovación en Checoslovaquia», *MO*, 1.ª quincena de mayo de 1968.
- ⁶⁷ «La cuestión checoslovaca», *MO*, septiembre de 1968. «Experiencias de la discusión sobre Checoslovaquia en nuestro Partido», *MO*, 2.ª quincena de diciembre de 1967.
- ⁶⁸ MORÁN, Gregorio, *op. cit.*, pp. 457-460. «Se ha reunido el Pleno ampliado del Comité Central. Texto de la Resolución Política», *MO*, 25-V-1970.
- ⁶⁹ «Intervención de Santiago Carrillo en la Conferencia [de los Partidos comunistas y Obreros]», *MO*, 2-VI-1969.
- ⁷⁰ CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques...*, cit., p. 101.
- ⁷¹ «Declaración del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España», *MO*, 23-I-1970.
- ⁷² CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques*, cit., pp. 13-15, 25-32, 115 y 195-199.
- ⁷³ V.S., «En torno al libro de Santiago Carrillo», *MO*, 2.ª quincena de septiembre de 1967.
- ⁷⁴ «Resolución del Comité Ejecutivo del Partido Comunista de España. Sobre la situación en España», *MO*, 24-V-1969. CARRILLO, Santiago, «Pacto por la libertad», *MO*, 20-XI-1969. «Se ha reunido el Pleno ampliado del Comité Central. Texto de la Resolución Política», *MO*, 30-IX-70. «Gran mitin de Santiago Carrillo en Bruselas», *MO*, 14-XI-1970.
- ⁷⁵ CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques...*, cit., pp. 91-92, 116-140 y 168-179. SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *op. cit.*, pp. 122-125 y 132-135.
- ⁷⁶ CARRILLO, Santiago, *Nuevos enfoques...*, cit., pp. 140-168.
- ⁷⁷ CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo*, cit., pp. 208 y 218. CARRILLO, Santiago, *Memorias*, cit., pp. 598-608. VIDAL BENEYTO, José, *Memoria democrática*, Madrid, Foca, 2007, pp. 129-130.
- ⁷⁸ «Un mitin grandioso», *MO*, 26-VI-1971.
- ⁷⁹ «25.000 españoles en Ginebra. Un grito: ¡Libertad!», *MO*, 3-VII-1974.
- ⁸⁰ «PCI-PCE. La declaración conjunta» y «Socialismo en la democracia», *MO*, respectivamente 3.ª semana y 4.ª semana de junio de 1975.
- ⁸¹ Sin información a las organizaciones del partido se tomó la resolución de constituir la Junta democrática, según MOLINERO, Carme, e YSÀS, Pere, *op. cit.*, t. II, p. 29.
- ⁸² CARRILLO, Santiago, *Hacia el postfranquismo*, París, Librairie du Globe, 1974, pp. 80-81. Carrillo, por entonces, previene reiteradamente contra una de sus «bestias negras» particulares, el antiliderismo, con frases que pudiera pensarse que se refieren a sí mismo: «El Partido no es una masa gris, indiscernible y anónima. Hay líderes históricos, y líderes formados en años más recientes. La fuerza del Partido la hace su línea justa, su organización, su praxis. Pero la hace también la personalidad de sus líderes» (p. 89).
- ⁸³ Citado en MOLINERO, Carme, *op. cit.*, p. 281.
- ⁸⁴ CLAUDÍN, Fernando, *Santiago Carrillo*, cit., pp. 209-211.
- ⁸⁵ «Intervención de Santiago Carrillo en la Conferencia de Bruselas», *MO*, 13-V-1974. «PCE-PCI: la declaración conjunta», *MO*, 3.ª semana de julio de 1975; «Socialismo en democracia», *MO*, 4.ª semana de julio de 1975.
- ⁸⁶ CARRILLO, Santiago, *Mañana, España. Conversaciones con Régis Debray y Max Gallo*, Madrid, Akal, 1976, pp. 227-228.
- ⁸⁷ «La experiencia de Portugal», *MO*, 8-V-1974. Carrillo asistió al congreso del PS portugués, como si de un baño de independencia (con respeto al veto del PCP) y respetabilidad se tratara. En sus *Memorias* (p. 603) cuenta, con notable regocijo, que fue tratado como la estrella del congreso, mientras Tierno o Felipe González casi pasaban desapercibidos.





- ⁸⁸ «Para conquistar la democracia: Huelga nacional y pacto para la libertad (Declaración del Comité Ejecutivo del PCE)», *MO*, 5-III-1972. «Discurso de Santiago Carrillo en Frankfurt», *MO*, 10-V-1972. «Una verdadera revolución política- Santiago Carrillo en el VIII Congreso», *MO*, 27-X-1972.
- ⁸⁹ «La monarquía del movimiento es el franquismo sin Franco. Comunicado del C.C. del Partido Comunista de España (julio de 1974), *MO*, 31-VII-1974. «Manifiesto de la Reconciación», *MO*, 3ª semana de abril de 1975.
- ⁹⁰ SÁNCHEZ RODRÍGUEZ, Jesús, *op. cit.*, pp. 189-194. «Declaración al pueblo español» de la Junta Democrática, *MO*, 31-VII-1974.
- ⁹¹ *II Conferencia Nacional del PCE (Manifiesto -Programa del PCE)*, París, Ebro, 1975.
- ⁹² Intervención de Carrillo en «Discusión de los problemas del movimiento obrero», *NB*, n.º 71 (abril de 1973). Los «rrevolucionarios con muchas erres», como le gustaba decir a Carrillo, criticaron lo que consideraban uso partidista del movimiento obrero por el PCE, subordinándolo a la oligarquía. Véase, por ejemplo, «CCOO, ayer y hoy», *En Lucha*, 1 de abril de 1973.
- ⁹³ «Franco desaparecido. Las tareas del movimiento obrero para que el franquismo desaparezca también (Discurso del camarada Santiago Carrillo en una conferencia de dirigentes obreros del Partido)», *NB*, 82 (noviembre de 1975).



